

# Mar Mediterráneo

Ensayo de guión para una película corta, por ASENSIO SAEZ GARCIA



**I** A las amanecer venían del mar aromas de algas y perfumaban la costa de aires salinos.

Ana María vivía junto al mar, en el sureste de España. En los días de levante se asomaba al balcón y veía las olas lejanas. Las gaviotas eran amigas suyas. Ella era amiga de las chapinas.

—¡Ana María, buenas tardes!

Y ella contestaba con su sonrisa clara.

Ana María apenas salía. Era simpática, muy alta, morena, guapa, con unos ojos verdes, verdes...

¡Pero tenía un miedo por la noche...!

El mar no la asustaba, ni manso ni rabioso; le gustaban las olas grandes y las tormentas; le gustaba la quietud de muerte que este mar toma en los días de verano, y el oleaje gracioso, y las borrascas pasajeras...

Pero, ¿lo había pensado bien? ¿No sería el sordo ruido del mar?

«No es el mar, Ana María.»

Y lo descubrió una tarde de otoño: la soledad. Era valiente y decidida, pero este miedo... Si perdiera al ama Germana... ¡Lo único, Dios mío!

Sin saber por qué, Ana María se acordó de pronto de un nombre: José Manuel. Luego vió un pájaro marino y el nombre se fué en el pico.

José Manuel era un nombre compuesto. ¿A qué sonaba José Manuel? José Manuel sonaba a todo. Ana María hubiera querido a tierra, a hojas. Como José Manuel era marinero, sonaba a caracola limpia, a balandro.

**II** José Manuel había frecuentado su casa cuando sus padres vivían, pero nada más; no obstante... Se presentó un día. Una mañana en que el viento olía a sal del Mediterráneo.

—¡Ana María!

—¡José Manuel!

Venia del Norte. Había pasado por Cabo de Palos...

—... Y me acordé de usted... Usted se acordará tan poco...

Si; si se acordaba; fué una tarde de octubre, cuando subieron al faro, y vieron las calas; entonces ibar los padres de ella.

—Hace tanto tiempo, José Manuel...

—Era usted muy pequeña.

—Y usted muy joven...

¡Y a Ana María le agradó más aquella visita!

—¿Pero se va usted tan pronto?

—Me espera el barco, Ana María.

El ama Germana le preparó un chocolate bien espeso antes de irse.

Abajo, en la puerta de la casa, lo despidió Ana María.

—¡Adiós, José Manuel...!

Después, ¡qué tristes los días sencillos de antes! El mar, el mar sin horizontes ni costados; el mar ancho, el mar hondo. Le gustaba la vida de José Manuel. El mar azul, el mar verde... El mar Mediterráneo.

**III** Ana María no conocía a fondo a José Manuel. Cuando vino a enterarse, en la mañana de primavera que enterraron al ama Germana, hacía ya dos semanas que era su marido... ¡Su marido...!

Lo miró frente a frente.

Era fuerte, de unos ojos oscuros. Y tenía unos dientes blanquíssimos.

—José Manuel, yo no tengo a nadie en el mundo más que a ti...

El cielo estaba triste, plomizo. Y era mayo.

**IV** Tres años sola. ¡Cuántas tempestades durante ellos! ¡Qué olor a salobre en las noches del estío! ¡Qué negrura y qué oscuridad en las noches del invierno!

Ahora que han pasado tres años, puede preguntarse Ana María si es feliz, si lo ha sido alguna vez.

¡Pero tenía tanto miedo a quedarse sola...! Y sola se ha quedado muchas noches.

Ella buscó la vida de él: Mar-ciudad, la rosa de los vientos...

El buscó la vida de ella: Puerto de mar-campo de sol, areca...

Y se engañaron los dos. ¡Eran tan diferentes los caminos de ambos! Y vino... No lo supieron. No sabían tampoco si se querían. Ella pasaba temporadas sola. Ahora ha llegado él.

—¡Cuánto tiempo ha durado este viaje, José Manuel!

—Sí; más que de costumbre. Si supieras la pena que me da dejarte sola...

A él le da la pena. Pero ella ya está acostumbrada a estar sola.

**V** Un día él viene pálido.

—¿Qué te pasa, José Manuel?

Tiembla al hablar.

—Hay guerra. Mañana zarpamos.

En la cena de aquella noche, ella le dijo:

—José Manuel, tengo miedo.

—¿De qué?

—No sé... Tú tardarás mucho... Y yo aquí sola... No sé; no sé... Tengo miedo.

Entonces él se levanta y la coge de los brazos. Le explica lo que es la guerra, opaca la voz y los ojos de fuego. A Ana María le duelen los brazos bajo la opresión de las manos de José Manuel, pero calla, ni contesta, ni llora. Está trémula. No sabe si cohibida o espantada. Pregunta, al fin:

—¿Y cuándo volverás?

—¿Quién piensa ahora en volver! ¿No comprendes que nosotros no podemos volver hasta que termine la guerra? Somos muy pocos hombres y el mar necesita muchos, muchos hombres. ¿No lo comprendes?

Es algo cruel; en sus palabras puede adivinarse un poco de venganza, un no sé qué de reproche y de satisfacción al hablar así.

Ella suplica:

—José Manuel...

Está vencida, agotada.

—¿Qué va a pasar?

El habla su verdad, pero quizá no comprende la otra verdad, todo el daño que le está haciendo a su mujer.

—No nos volveremos a ver nunca, a lo mejor. Porque... ¡Quién sabe...! Es mejor pensar así.

Ella calla; en el balcón, mira sin ver, por los cristales cerrados.

—¿Qué oscura está la noche!

José Manuel se ha acercado al balcón. Ana María no contesta. Lo mira fijamente. José Manuel ha adquirido un aire rudo; le brillan los ojos y la piel. Un relámpago lejano recorta un instante los nubarrones esfumados en el horizonte de la noche. El mar se mueve despacio.

Los ojos de ella y los de él se encuentran. Se están comprendiendo demasiado tarde.

—¡Ana María!

Ella se apoya en el pecho caliente de él.

—¡José Manuel!

Se abrazan los dos, fuerte, fuerte; pero este abrazo sólo lo da la muerte, que se teme o que se ve venir...

—José Manuel, tengo que preparártelo todo.

Ella le arregla el equipaje—el último—, poniendo cuidado en el arreglo, poniendo hasta el vacío de su alma. Y el alma se queda sin nada.

—Ana María, abrázame...

—Adiós, José Manuel...

Se van deslizando las manos, poco a poco, con suavidad helada.

—El barco pasará por aquí; no salgas, no salgas. Será más triste. Los domingos, después de misa, podrías pasearte en el pueblo...

—Calla.

Van andando...

—Bueno; adiós, Ana María...

—Adiós.

Ella se vuelve a su casa, pesándole los pies, anonadada.

El cielo está azul de tanto mirar al mar.

Ha venido la tarde.

**VI** Ana María tiene fiebre; le tiembla todo el cuerpo. Se peina despacio, haciéndose el peinado bonito. Se pone el vestido nuevo y baja a la playa. Sentada en unas rocas espera la llegada del barco. ¡El barco marinero, perfumado de mar!

Del pueblo vienen volando las cuatro de la tarde. El agua se ha revuelto sobrenatural; se ha movido un viento bajo, caluroso, y las olas están sin espuma. Ana María espera y espera.

Y aparece el barco, cortando el mar, con su andar lento y cansado.

¡Allí va él! ¡Mira hacia atrás, Ana María! Allá, la casa sola, en el terreno de sal.

Un aire ardiente la envuelve; el barco se va perdiendo a lo lejos. Las olas se vuelven gigantes. ¡Qué olas son aquellas!

Ana María nunca las ha visto así; unas olas inmensas, pero sin espuma, y moviéndose pasadas, hirvientes, jadeantes. ¡El barco se ha perdido!

¡Ana María, del mar, y al mar!

Ana María se adentra en él, abriéndose un camino enérgico en el agua. ¡Adentro! ¡Adentro! Y olas sin luz. Y agua, y agua... ¡Adentro! ¡Adentro! ¡Adelante en su ruta azul! Y mar, y mar...

Después, nada.

Ha sido una fiesta de agonía y de agua. El mar huele a marisco.

Y el aire, a muerte presentida.

**VII** En el viento, palabras.

Bahía, puerto, navío, brújula, campo, cruz... Y nada.

Palabras; muchas palabras, pero que no comprenden, que no podrán comprender nunca el poema verdemar de Ana María.